

RECENSIONES

Vattimo, Gianni: *Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004, pp. 172. (Traducción de Carmen Revilla)

Gianni Vattimo, profesor de filosofía teórica en la Universidad de Turin y uno de los representantes más importantes del así llamado “pensamiento débil”, ofrece un ensayo muy sugerente, donde partiendo de las ideas sobre la modernidad de Nietzsche y Heidegger plantea un reencuentro con el cristianismo. Se trata de una profundización en la argumentación ya iniciada en *Crear que se Cree* (1996), en el que la fe religiosa, una vez perdida la posibilidad de apoyarse en cualquier fundamento metafísico, adquiere un nuevo sentido marcado por la incertidumbre en la propia creencia.

Desde las primeras páginas del texto, encontramos que Vattimo asume la idea de que la progresiva secularización en la modernidad tardía es el resultado del vencimiento o “debilitamiento” de los modelos de pensamiento que asumían la realidad del ser-del-mundo como ente. Una vez que no es viable pensar al mundo bajo un criterio que lo unifique, bajo una diáfana objetividad, se da lugar a una mayor experiencia de la libertad de pensamiento, a una “liberación de la metáfora”, que trae consigo, entre otras consecuencias, el resurgir legítimo de las experiencias religiosas. La posmodernidad es la conciencia de la imposibilidad de encarcelar al ser en algún ente, lo que no significa que se pierda la pretensión de universalidad, sólo que ésta no puede tomarse como la imagen de un orden inamovible del ser que “*la filosofía conoce y la religión adora*” (p. 13); sino como el resultado que emerge del consenso, el cual sólo es posible al pensar la realidad como un “acontecer” que ha dejado un rastro por reconocer y reconstruir. “*A partir de la experiencia del pluralismo posmoderno podemos también, y sobre todo, pensar solamente el ser como acontecimiento, y la verdad, no ya como reflejo de una estructura eterna de lo real, sino como un mensaje histórico que se trata de escuchar y al que estamos llamados a responder*” (p. 14). Bajo esta óptica, y dado que el pensamiento judeo-cristiano ha conformado la tradición de occidente, es posible retomar la Biblia sin pretensiones de literalidad sino haciendo uso de la “liberación de la metáfora”, para escuchar el mensaje histórico que allí está.

La idea nietzscheana de la muerte de Dios, es interpretada por Vattimo en términos heideggerianos como el derrumbamiento de la estructura objetiva del ser, como parte del acontecimiento del fin de la metafísica. No se trata de negar la existencia de Dios a manera de establecer un ateísmo, pues sería continuar con la pretensión de objetividad. El “Dios” al que se refiere Nietzsche es la metafísica entendida como ambición de hallar el fundamento último y el conocimiento absoluto

al que apuntó la modernidad, que “muere” al tornarse indefendible la realización de dicha ambición. Tras “la caída de los metarrelatos” (Lyotard), aparece el brote de diversas visiones que conforman el “pluralismo babélico” propio del posmodernismo, lo que permite interpretar el resurgir religioso como algo justificado (pp. 21-36). Pero dicha justificación solamente es posible si por un lado “...se reconoce el profundo parentesco entre la tradición religiosa de occidente y el pensamiento del ser como acontecimiento...”, y si por el otro, el resurgir religioso “...puede y debe ser criticado cuando traiciona su constitutiva aspiración antimetafísica” (p. 35). Creo que no resulta arriesgado decir que la médula del ensayo de Vattimo la constituye precisamente el desarrollo de este par de ideas.

En primer lugar, se puede ver el parentesco entre la tradición cristiana y la interpretación del ser como acontecer, según el autor, si se toma en cuenta lo dicho por Joaquín da Fiore en torno al misterio cristiano de la encarnación, y su influencia en la manera en que Novalis, Schleiermacher y Schelling, resaltan el carácter histórico de la salvación (pp. 37-51). Joaquín da Fiore propone una interpretación del mensaje bíblico por medio de tres edades con lo que “...introduce un ritmo histórico dentro de la misma vida divina” (p. 44). Se destaca particularmente la tercera edad, caracterizada por la libertad, cuya condición de posibilidad, para Vattimo, se puede ver reflejada en la situación posmoderna (pp. 44-5). Es más, en analogía con las ideas de Weber y su interpretación de la modernidad como resultado de la ética protestante, expone que: “Concebir la secularización, esto es, como desarrollo interno y “lógico” de la revelación hebrea y cristiana, y ver además su resultado filosófico en la disolución de la metafísica y en la emergencia del ser como acontecer, es leer los signos de los tiempos siguiendo las huellas de Joaquín da Fiore y sus discípulos espirituales como Novalis, Schelling y Schleiermacher” (pp. 49-50). Resulta así pertinente ver la idea de la historia de Occidente como parte del cristianismo, cuyo punto final es la disolución tanto de la metafísica como de las formas trascendentes de lo sagrado que ha asumido la religión.

Para Vattimo es importante destacar que, siguiendo a Joaquín da Fiore, se logra una interpretación teológica que -a diferencia de gran parte de la filosofía de la religión actual- no apela a un Dios trascendente, sino que lo incorpora en la tradición de Occidente. Se refiere principalmente a las interpretaciones de Lévinas y Derrida, que para Vattimo siguen manifestando “el viejo Dios de la metafísica” (p. 52), y toda la violencia que aguarda el asumir formas trascendentes al hacerse inaccesibles a la razón.

En segundo lugar -pero no menos importante en la argumentación- el resurgir religioso, que ha sido posible dado el fin de las estructuras objetivas del ser, paradójicamente puede conducir a nuevos intentos de

lograr una verdad última. A un resurgir de este tipo, es que el autor observa como un retorno a la metafísica por lo que debe ser criticado. En este punto, se hace importante la influencia de René Girard sobre nuestro autor, de quien toma la idea de que *“...si hay una verdad “divina” en el cristianismo, ésta consiste justamente en el desvelamiento de los mecanismos violentos de los que nace lo sagrado de la religiosidad natural, esto es, lo sagrado característico del Dios metafísico”* (p. 53). Para Vattimo, la violencia que surge al entificar al ser y negar su “encarnación” en el mundo, se manifiestan por ejemplo, en las actitudes de la iglesia católica respecto al rechazo del ejercicio del sacerdocio por parte de las mujeres o en su ética respecto a la sexualidad, las cuales se basan en una interpretación literal de la Biblia. La literalidad religiosa es parte del autoritarismo metafísico, que deja de tener lugar en una sociedad secularizada al negar el espacio para escuchar el mensaje de una tradición que como occidentales nos constituye. La urgencia de escuchar y ser escuchado, hace necesario tomar la realidad como tejido de interpretaciones, donde la espiritualidad es entendida como una “emancipación estética”, donde *“estético, es el término que indica un estado de la realidad en que ésta pierde los contornos rígidos, situándose en un plano en el que no se distingue ya netamente de la fantasía: a lo que también llamamos poético”* (p. 70). De esta forma se muestra la idea de la “salvación” que empieza a realizarse como posibilidad de conciliación, donde el otro es importante, aunque Vattimo tiene muy claro que sólo se manifiesta por ahora en el plano teórico.

Vattimo asume el estado actual de Occidente como “cristianismo secularizado”, en el que el mensaje cristiano, una vez dejados atrás los fundamentalismos, tendría un importante papel al conciliar las tensiones actuales. Pero mientras se identifique “ley” con “naturaleza”, el cristianismo seguirá invocando las formas de violencia, al igual que la metafísica lo hace desde que tiene como objeto el conocimiento absoluto del ser. En palabras del autor: *“La violencia se insinúa en el cristianismo cuando éste se alía con la metafísica como “ciencia del ser en cuanto ser”, esto es como saber de los primeros principios... La idea de que la moral consiste en respetar la ley natural es hija de esta misma tradición”* (p. 148). Lo que hace preferible guiarse por Nietzsche y Heidegger es la idea de alejarse de la metafísica objetivista para evitar la violencia que subyace a ella, lo que no hacen explícitamente las teorías de Habermas, Lévinas o Davidson en el plano filosófico, ni los neointegrismos ni la teología contemporánea en el plano religioso (pp. 139-142).

En conclusión, tenemos un texto cuyas tesis no pueden despacharse fácilmente, tanto en el plano teológico como en el filosófico, con un fuerte sentido crítico y que debe tomarse en cuenta, sin duda alguna, como uno de los mejores esfuerzos por reivindicar el sentido de la religión cristiana como parte de la tradición occidental. De gran interés para todos aquellos

interesados en el problema de la hermenéutica del cristianismo y los estudiosos de la filosofía crítica de la modernidad. Un libro que probablemente tendrá una fuerte presencia en la escena de la filosofía de la religión contemporánea, bien sea para confrontar o hacer eco de sus ideas.

VÍCTOR GARCÍA RAMÍREZ  
Instituto de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela  
e-mail: [vayktor@hotmail.com](mailto:vayktor@hotmail.com)